

Liberar la educación para superar el autoritarismo

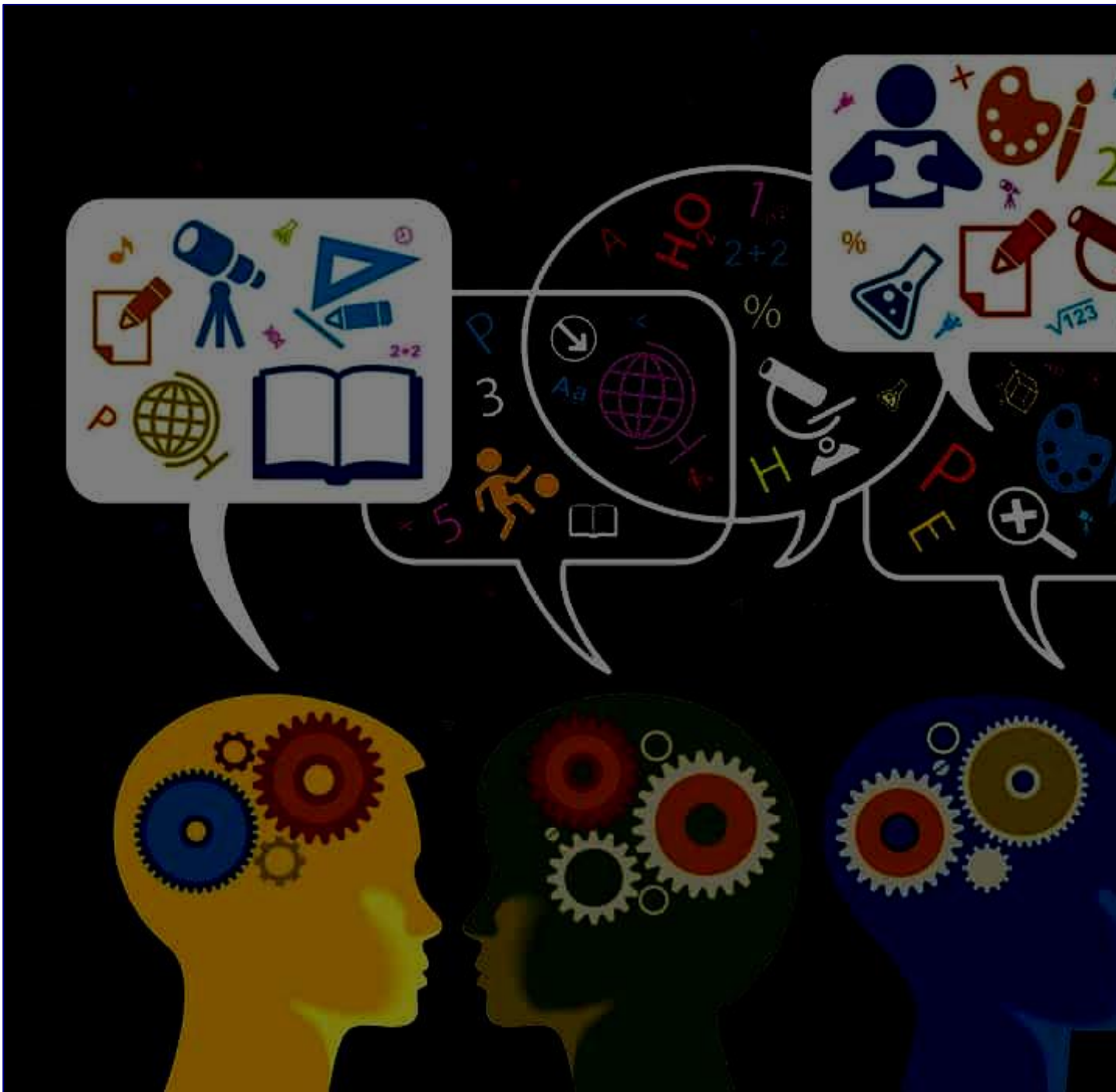
**Vie, 02/05/2025 - por Steve
Rushton**



Los ataques de Donald Trump —y de muchos otros autoritarios— a la educación imitan las medidas tomadas por el primer dictador fascista, Benito Mussolini, contra el sistema educativo italiano hace un siglo. La Alemania nazi pronto seguiría su ejemplo. Se prohibieron y quemaron libros. Se revisaron los planes de estudio. Se prohibieron las asignaturas que fomentaban el pensamiento crítico. Se impuso la obediencia a la ideología nacionalista blanca, mientras que los educadores se convirtieron en agentes del Estado, y se suprimió el libre pensamiento

entre los estudiantes. Ante tendencias similares que parecen arraigarse hoy en día, ¿cómo podemos evitar este camino?

Es evidente que los fascistas autoritarios no quieren una educación que promueva el pensamiento crítico. Afirman que vivimos en un mundo aterrador donde solo los hombres fuertes pueden protegernos. Una narrativa alternativa antifascista propone que todos podemos ser fuertes y forjar nuestro futuro en común. Sin embargo, simplemente argumentar esto no basta.



Gramsci revisitado

Los ataques fascistas a la educación se inscriben en el contexto de la crisis actual. Para desafiar la narrativa antieducativa de los autoritarios, es necesario comprender su origen. Hace noventa y nueve años, el pensador crítico y antifascista Antonio Gramsci fue encarcelado por el régimen de Mussolini. Aún hoy, Gramsci ofrece valiosas perspectivas sobre por qué debemos evitar que se suprima el pensamiento crítico para combatir el fascismo. Su pensamiento también nos invita a considerar el contexto en el que los fascistas construyen su poder.

Gramsci explicó cómo los poderosos no solo gobiernan por la fuerza, sino que también redefinen el sentido común. Enfatizó la necesidad de comprender nuestro momento histórico y el punto de partida de los autoritarios para manipular y crear un nuevo sentido común que sustenta su poder mediante la violencia.



El ascenso y la caída de la educación universitaria gratuita

Tras la Segunda Guerra Mundial, surgió un nuevo consenso a favor de la educación superior universal y gratuita. Esta medida se extendió, incluso en Estados Unidos y el Reino Unido, en la mayoría de los demás países europeos y en otros países pioneros en adoptarla, como la URSS, Argentina y Marruecos. En Estados Unidos, la educación gratuita terminó a mediados de la década de 1960. Tres décadas después, el Reino Unido siguió su ejemplo (con la excepción de Escocia).

Durante el mismo período, desde finales de la década de 1970, el Reino Unido, bajo el gobierno de Margaret Thatcher, y los Estados Unidos, bajo el de Ronald Reagan, lideraron a nivel mundial la implementación de una agenda política neoliberal. En la práctica, esto condujo a recortes en el gasto público, mientras que la privatización y la desregulación incrementaron el poder corporativo. Hoy, los efectos de estas acciones son evidentes: la extrema desigualdad financiera se ha visto exacerbada por el colapso del gasto público en educación, sanidad, vivienda y otros servicios sociales.

Los recortes educativos y las reformas neoliberales son dos filos de la misma espada, como lo han demostrado, entre otros ejemplos, Estados Unidos y el Reino Unido en las últimas décadas. Como resultado, los estudiantes sin padres adinerados abandonan las universidades con enormes deudas, si es que deciden asistir. En este proceso, las universidades se han convertido en operaciones lucrativas, desviando cada vez más fondos hacia la gestión y la construcción de edificios ostentosos, y alejándolos de la docencia, lo que reduce la oferta de cursos.

El hecho de que una sociedad ofrezca educación universitaria gratuita tiene consecuencias adicionales en nuestra relación ciudadana. Las universidades son el pilar fundamental del sistema educativo. El trato que una sociedad da a los estudiantes refleja la importancia que le otorga a la próxima generación. La educación es un espacio para lograr una sociedad más igualitaria o para recrear y reforzar las opresiones de clase y otras opresiones estructurales, como el género y la raza.

Por estas razones, los políticos de extrema derecha tradicionalmente desprecian a las universidades, pues a menudo se las ha visto como bastiones de la rebelión social contra el statu quo. Las instituciones de educación superior no son tan sólidas socialmente como lo fueron, por ejemplo, en la década de 1960, por lo que es vital detener la represión del pensamiento libre y crítico que se está produciendo hoy en los campus. Necesitamos un ataque junto con una defensa.



La educación en contexto: elitismo vs. igualitarismo

La caída de la educación gratuita como ideal fue posible gracias a que los neoliberales promovieron las ventajas de la ideología de mercado, junto con la idea de que los estudiantes eran oportunistas y lastre para la sociedad. Esta narrativa aún existe y es el espacio desde el cual la derecha puede continuar su ataque contra la educación, considerándola un privilegio de las élites.

Las universidades son instituciones de élite, y el Reino Unido es digno de mención en este debate. Debido a su legado imperialista, Gran Bretaña influiría significativamente en la universidad globalizada moderna. Dos de las tres universidades más antiguas, Oxford y Cambridge (Bolonia fue la primera), son británicas. Desde su creación, e incluso durante el período preneoliberal de posguerra, las universidades británicas se han mantenido como focos de elitismo. Más de la mitad de los primeros ministros del Reino Unido fueron a Oxford o Cambridge. Los

estudiantes de universidades de élite siempre han dominado en Gran Bretaña en cuanto a acceso a los puestos más altos .

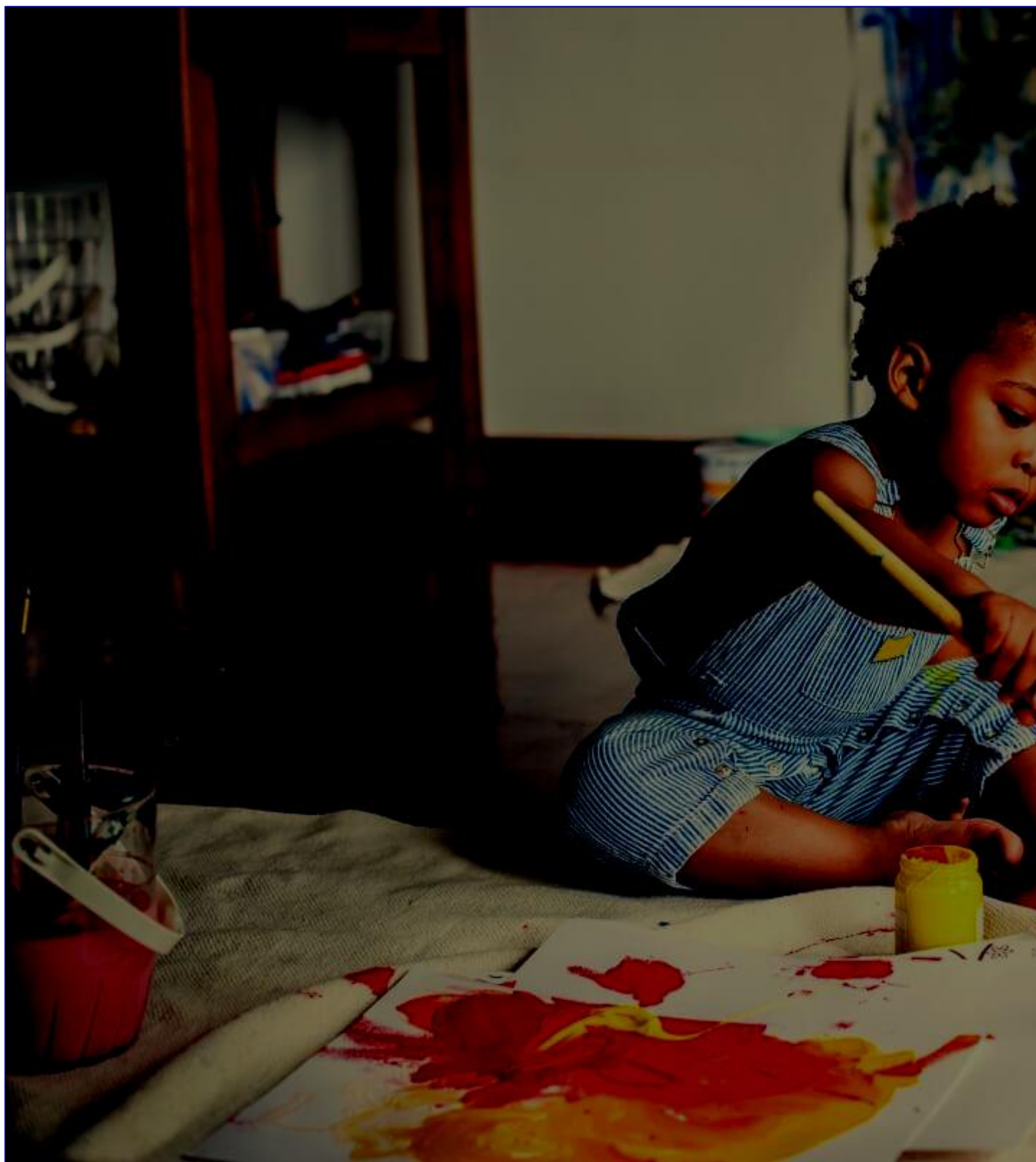
Las cosas eran mejores antes de las tasas universitarias, pero nunca fueron perfectas. Las maniobras actuales de la derecha y la extrema derecha contra la educación se aprovechan de esta realidad. El statu quo se mantiene unido por los antagonismos sociales de diferentes grupos, como explicó elocuentemente David Graeber en Bullshit Jobs.

Resumiendo a Graeber, las élites capitalistas como Musk y Trump pueden desviar la ira hacia las élites liberales, incluidas aquellas educadas en las mejores universidades, ya que es más fácil imaginar que los propios hijos se vuelvan súper ricos que ingresar a la élite liberal y realizar un trabajo valioso, por ejemplo, como abogado de derechos humanos o como periodista trabajando para un gran periódico corporativo (a menos que ya seas parte de esa élite).

Mientras tanto, el sistema educativo actual no funciona para las masas.

Se les impide ir a la universidad, a menos que estén dispuestos a endeudarse astronómicamente.

Trump y sus amigos se benefician de la indignación por nuestro sistema educativo fallido. Su conclusión: derribarlo. Pero aquí es donde se equivocan. Nada cuestionaría esto más que afirmar que la sociedad mejoraría si se liberara el potencial de imaginación, inteligencia y creatividad de todos.



Educación gratuita y celebración de nuestra imaginación colectiva

Existen muchos ejemplos asombrosos de educación gratuita más allá del ámbito estatal. Los espacios comunes urbanos autogestionados de Nápoles son un ejemplo de espacios gestionados por y para la gente,

que ofrecen una variedad de oportunidades de aprendizaje, desde teatro hasta artesanía, deportes, música y mucho más.

Sin embargo, también existen sistemas educativos nacionales mucho mejores que los del Reino Unido o Estados Unidos, que vale la pena destacar para recuperar la comprensión de la importancia de la educación gratuita. Uno de ellos es Finlandia, donde los maestros de preescolar son respetados y bien pagados, y se les enseña en la universidad a permitir que los niños jueguen.

Durante sus años escolares en Finlandia, todos los niños reciben una comida escolar; según la concepción universalista de la educación del país, cada niño y su educación son importantes. Esta filosofía se extiende a la universidad, donde los estudiantes reciben educación gratuita con becas y apoyo. En el ranking mundial, Finlandia se sitúa cerca del primer puesto, al igual que en otros indicadores de bienestar general y felicidad .